PANORAMA MUNDIAL

Hace poco visité el Sanatorio de Battle Creek creado por John Kellogg[1] (Míchigan, Estados Unidos) establecido en 1866 y que ha sufrido modificaciones. En su mejor época, podía atender a unos mil doscientos pacientes, muchos de los cuales eran figuras muy destacadas de su época: empresarios, políticos, científicos, escritores y pensadores. Llegaban a ese lugar para experimentar las nuevas prácticas revolucionarias de salud establecidas por Elena de White. Ella defendía el aire y el agua pura, una dieta basada en vegetales y el ejercicio; conceptos que ahora son convencionales pero que entonces eran novedosos.

Mientras caminaba por esos descomunales edificios me sentí impresionado al pensar en la intrepidez de nuestros pioneros, en la inmensidad de su tarea. ¡Qué visión tan amplia poseían! ¡Qué profundas eran sus convicciones, que los llevaron a embarcarse en semejantes emprendimientos! En estos edificios históricos podemos ver la simiente de la red actual de hospitales, escuelas médicas y clínicas adventistas. Fue allí también que comenzaron nuestras fábricas de alimentos y la misión médica de la iglesia.

Para mí, fue un recordatorio poderoso de que el adventismo está interesado en la persona completa. Nuestra fe está cimentada en el mensaje de totalidad de Cristo: en una transformación espiritual que abarca también al ser emocional y físico. Ningún aspecto de la vida humana está más allá del alcance de Cristo; ninguna actividad humana está más allá de su cuidado.

Esa es nuestra herencia como adventistas. Es lo que ha moldeado nuestros actos e instituciones. Nos ayuda a explicar por qué damos prioridad a la atención humanitaria; por qué apoyamos activamente la libertad religiosa para todos, más allá de sus creencias; por qué continuamos invirtiendo tanto en educación. Este mensaje de "totalidad" nos ha mantenido a la vanguardia de la salud pública, en nuestra lucha contra el tabaco, el alcohol y otros vicios que destruyen a los individuos, las familias y las comunidades.

Y sin embargo, al reflexionar sobre nuestro pasado, soy consciente de que nuestra tarea no es estática. Tenemos la responsabilidad de tomar parte en las preocupaciones emergentes de la sociedad; de incorporar nuestros valores distintivos y voz profética a esas problemáticas que hoy afectan a nuestras comunidades.



Jan Paulsen es presidente de la Iglesia Adventista mundial.

Hay un tema en particular que genera una gran cobertura de los medios y discusiones políticas en casi todos los países: el medioambiente. Es un tema que como iglesia aún no hemos adoptado de manera significativa. Al hablar con los feligreses acerca de la responsabilidad sobre el medioambiente he encontrado diversas actitudes: *precaución* ante cierta retórica política y filosófica que a menudo acompaña el discurso de los ecologistas; *indiferencia* hacia un tema que algunos ven apartado de nuestra misión primordial; y, *frustración* de que demasiado a menudo nos hayamos abstenido de efectuar declaraciones cuando deberíamos haberlo hecho.

Mayord

¿Es el medioambiente un "tema de interés adventista"? ¿Tenemos algo significativo y singular que contribuir al cuidado del medio ambiente? Creo que sí.

Mi esperanza es que avancemos hacia una discusión más plena del adventismo y la responsabilidad ambiental; que comencemos a desarrollar un enfoque que sea fiel a nuestros valores y consecuente con nuestro llamado histórico. Al dar comienzo a este diálogo, compartiré tres breves pensamientos respecto de la mayordomía ambiental.

1. Más allá de los intereses políticos

¿Es el movimiento ambiental sinónimo de cuidar el medioambiente? Como muchos otros movimientos, a menudo se ve impulsado por temas sociales motivados por cuestiones políticas o económicas, que llevan consigo una agenda específica. El movimiento ambiental puede asumir a veces un tinte o dinámica ajena al cuidado del medioambiente. Es fácil que los individuos sientan que están siendo empujados hacia una batalla política entre gobiernos, consorcios financieros, industrias, científicos, personalidades públicas y grupos de presión. A menudo, el tono utilizado favorece las acusaciones y confrontaciones. Por eso preferimos retirarnos, para no quedar atrapados en esa maraña.

Sin embargo, cuando quitamos las capas que envuelven al movimiento ambiental, vemos que se basa en ideas similares a nuestras creencias y valores más profundos: el cuidado del mundo de Dios y de nuestros prójimos.

Jan Paulsen

omos *del* medioambiente



Contémosle al mundo del descanso sabático, de ese día semanal donde recordamos de manera especial el poder creador de Dios. Contémosle de nuestra defensa del régimen vegetariano que requiere menos recursos de producción que un régimen no vegetariano (expongamos las convicciones espirituales que motivan nuestro estilo de vida). Hablemos de nuestro interés en la totalidad de la persona (en lugar de referirnos al "cuerpo" y el "alma"), una enseñanza que da a los adventistas una perspectiva única dentro de gran parte del cristianismo. Hablemos también sobre el vínculo estrecho señalado por la cofundadora y profetisa de nuestra iglesia, Elena de White, entre un medioambiente puro y una salud óptima. Hablemos de la importancia que los adventistas han asignado históricamente al agua y al aire puro.

2. ¿Responsabilidad espiritual o actividad opcional?

Cuando Dios completó su obra creadora, otorgó al ser humano dominio sobre la tierra. Pero ¿qué significa ejercer dominio sobre el medio ambiente? ¿Abarca solo la utilización de los recursos? ¿Es el ejercicio de un poder incontable sobre la naturaleza la autorización para usar y abusar, extraer y aun destruir sin pensar en las consecuencias? De ninguna manera. El dominio que Dios dio a la humanidad fue un acto de confianza, la responsabilidad especial de administrar con sabiduría los recursos que él ha provisto.

Cuando Dios creó el mundo físico con su increíble variedad de vida y ecosistemas, no estaba llevando a cabo un acto caótico y fortuito. Dios creó algo complementario y completo. Por eso, si nuestra conducta no ayuda a preservar el equilibrio entre los seres creados, estamos siendo malos mayordomos y fallando a la confianza depositada en nosotros por el Creador.

Hay algunos que dicen: "A este mundo le queda poco. ¡Deberíamos preocuparnos por el mundo venidero!" Pero no podemos abstraernos de este mundo. Hasta el momento, estamos aquí, y es aquí donde se nos pide que demostremos nuestra obediencia a Dios. Este es el mundo que Dios ha encomendado a nuestro cuidado. Y es aquí, donde comenzamos a prepararnos para la eternidad.

Algunos preguntan: "¿No nos distrae esto acaso de nuestra tarea más importante, que es la de compartir a Cristo con los demás?" Mi respuesta es: Casi ni nos hemos ocupado de este tema; ¡hay mucho que hacer antes de que se convierta en una distracción! No olvidemos que nuestro enfoque misionero como iglesia jamás ha sido estrecho. Significa que nuestros esfuerzos misioneros siempre han abarcado una amplia gama de actividades: la predicación, la enseñanza, el evangelismo, la salud, la asistencia humanitaria, el servicio comunitario, la libertad religiosa y la educación. Este enfoque integral al incorporar el ministerio de Cristo a nuestras comunidades, solo puede verse fortalecido si enfatizamos también el cuidado del medioambiente.



Este es el mundo que Dios nos ha encomendado.

3. Libertad verdadera

"La vivienda costosa, el mobiliario primoroso, el boato, el lujo y la holgura no suministran las condiciones indispensables para una vida feliz y provechosa –escribió Elena de White–. Jesús vino a esta tierra para realizar la obra más importante que haya sido jamás efectuada entre los hombres… ¿Cuáles fueron las condiciones escogidas por el Padre infinito para su Hijo? Un hogar apartado en los collados de Galilea; una familia mantenida por el trabajo honrado y digno; una vida sencilla; la lucha diaria con las dificultades y las penurias; la abnegación, la economía y el servicio paciente".[2]

Hay aún otro aspecto de la mayordomía del medioambiente que se relaciona estrechamente con los valores adventistas. Cuando elegimos un estilo de vida simple y ejercemos la moderación en nuestros deseos, cuando enfatizamos lo espiritual por sobre lo material y elegimos las relaciones humanas antes que las "cosas", estamos siguiendo las huellas de Cristo.

Veo que todo esto está relacionado entre sí. Los adventistas siempre han predicado un mensaje espiritual de libertad: del poder del pecado, del temor, de conciencia y religiosa. Aun nuestras obras de salud, educación y asistencia humanitaria se hallan motivadas por el deseo de liberar a las personas de la pobreza, ignorancia, dolor e injusticia. Por eso, el mismo interés que tenemos en la libertad debe llevarnos a cuidar el mundo en que vivimos. El prestar atención a lo que comemos, bebemos, vestimos, a cómo viajamos y utilizamos el tiempo, es reconocer que todo esto tiene ciertas consecuencias para el medioambiente y, a su vez, para cada uno de los hijos de Dios y sus seres creados. No significa vivir una vida sombría y descolorida. Por el contrario, el liberarse del consumismo desenfrenado, el concentrarse más en las personas y menos en las adquisiciones, el construir una vida que esté centrada en las prioridades de Cristo y no del mundo, son elecciones que producen una maravillosa sensación de libertad, un indescriptible sentimiento de liberación. Estas son las elecciones que dan una calidad de vida que no se iguala a ninguna otra.

Este tema tiene una riqueza de ideas que aún debe ser explorada; es una discusión que espero comience a darse en nuestras instituciones, iglesias y hogares. Al mirar más de cerca la mayordomía del medioambiente y considerar nuestra respuesta, creo que hallaremos una base de principios sobre los cuales desarrollar un enfoque claramente bíblico y distintivamente adventista. Mi oración es que al hacerlo, no seamos menos valientes y visionarios que nuestros pioneros. Y por sobre todas las cosas, mi oración es que nuestra respuesta, tanto en palabras como en acciones, nos sirva para revelar al mundo con más claridad la imagen del Creador.

[1] El edificio de Kellogg ahora pertenece y es operado por el gobierno de los Estados Unidos.
[2] *El ministerio de curación*, p. 282, 283.